CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

EL MATRIMONIO SIGNO DE AMOR Y DE UNIDAD (DECÁLOGO DE CONSEJOS)

El matrimonio, signo de unidad en el amor. Este es el tema que quiero desarrollar con vosotros. El Catecismo de la Iglesia Católica, en el punto 1601 dice que la alianza matrimonial entre el hombre y la mujer fue elevada por Jesucristo a la dignidad de sacramento. Es decir, que el matrimonio no lo creó Jesucristo a diferencia de los demás sacramentos. Jesús creó la Eucaristía, el Bautismo, el Orden sacerdotal, pero no así el matrimonio. El matrimonio existía antes y Jesucristo lo elevó a la dignidad de sacramento. El matrimonio, por lo tanto, no se ha iniciado con una ley humana o de una religión en concreto. El matrimonio es de ley natural, no ha sido una creación judeocristiana como algunos dicen. Es de ley natural, está escrito en la ley natural el matrimonio porque Dios es amor, Dios es alianza trinitaria de amor y nos ha creado a su imagen y semejanza. Está escrito en nuestro ADN espiritual. Además, Dios hizo al hombre y a la mujer complementarios y puso una atracción natural del enamoramiento entre ellos; eso es algo por naturaleza. Y además, esta unión del hombre y de la mujer está llamada a ser estable y a tener consecuencias sociales. Eso quiere decir que el matrimonio, como se dice popularmente, viene de fábrica, viene de creación, es de ley natural.

Entonces, la pregunta es: si esto es así, ¿por qué elevó Jesucristo esa unión, que era de ley natural, a la dignidad de sacramento si ya estaba creada? Pues porque la alianza matrimonial del hombre y de la mujer se había desdibujado, se había deformado por motivo del pecado. Fijaros, por ejemplo, cuando nos asomamos en el Antiguo Testamento a algunas páginas, nos quedamos perplejos. Nos quedamos perplejos de que nuestro padre Abraham en la fe, como su mujer era estéril, concibe a través de la esclava Agar. Pero ¿qué es eso?, nos quedamos perplejos de páginas como esas en el Antiguo Testamento, que dejan patente que el designio natural de Dios del matrimonio se había ido deformando por efecto del pecado. Entonces ¿cómo se explican esas licencias tan escandalosas en personajes supuestamente santos? Pues porque después del pecado original y después de esa historia de pecado de la humanidad, sin la gracia de Cristo es imposible vivir la ley natural. Yo suelo citar muchas veces a Chesterton, y sobre todo hay una cita de Chesterton que me enamora, que es la siguiente. Dice él: «Quitad lo sobrenatural y no os vais a encontrar con lo natural, sino con lo antinatural». Es decir, que sin la gracia de Cristo no somos capaces de vivir lo natural, caemos en lo antinatural. Y eso pasó también con el matrimonio, que cuando pecamos fácilmente caemos en lo antinatural, y lo estamos viendo en nuestros días. Por lo tanto, necesitamos del sacramento fundado por Cristo para poder vivir el plan creacional de Dios. El matrimonio nos da la gracia, el matrimonio no solo significa la unión del hombre y la mujer; no solo lo significa, lo realiza. Es signo de unidad en el amor. En definitiva, Jesucristo restituye la herida del pecado en el matrimonio y nos descubre a todos la vocación a la esponsalidad, que la tenemos todos, también los sacerdotes. Este anillo que lleva el obispo en su dedo,

este anillo del obispo es signo de la esponsabilidad de Cristo con su Iglesia. El obispo se casa con su diócesis, se casa con la Iglesia. Todos tenemos vocación esponsal, también los consagrados, también un soltero, todos, porque tiene una unión esponsal con Cristo por el bautismo. Todos tenemos vocación esponsal. ¿De qué manera Jesús sanó esa herida, redimió esa herida? Pues lo hizo de la siguiente forma: desposándose Él con la Iglesia. Por eso en el rito del matrimonio se dice: «¿Amas, fulanito, amas a tu esposa como Cristo amó a la Iglesia?». Cristo se desposó con la Iglesia y eso ha hecho que se haya regenerado el matrimonio, porque el matrimonio es a imagen de cómo Cristo se entregó a su Iglesia. De hecho, hay pasajes evangélicos en los que a Jesús se le llama el esposo. En más de un pasaje evangélico: ¿pueden ayunar los invitados a la boda mientras el esposo esté con ellos? Cuidado, a Jesús se le llama el esposo. Todos los discípulos de Jesús tenemos esta vocación a mirar a Jesús, el esposo, y aprender de esa entrega esponsal, de ese matrimonio que ha hecho Cristo con la humanidad. Cristo se ha desposado con la humanidad.

Bien, doy un paso más. El siguiente paso es: ¿qué características tiene ese matrimonio que Cristo ha elevado a la dignidad de sacramento? Pues tres son las características del sacramento del matrimonio. El primero, el de la unidad, el de ser uno, una unidad que lleva a la plena fidelidad. En segundo lugar, una fidelidad que lleva a la indivisibilidad, el matrimonio es indisoluble. Y en tercer lugar, abierto a la vida, abierto a la transmisión de la vida. Este tercer aspecto, el de estar abierto a la transmisión de la vida, no lo voy a desarrollar ahora porque todo no puede ser, hay que ir poco a poco, y me centro ahora en la unidad, en la fidelidad y en la indisolubilidad.

Dice el Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica: el matrimonio es una comunidad de vida y amor en la que cada esposo hace una entrega total de sí, de su vida, de todo lo que tiene, de todo lo que es, de todos sus afectos. Una entrega total que requiere una plena unidad, ser uno, ya no son dos sino una sola carne. Esto es la esponsalidad, compartirlo todo. Fijaros cuando una chica le dice a un chico ¿me quieres, me amas?, ya se imagina que también ama a su madre y a sus amigos y a sus hermanos. Pero cuando le dice ¿me quieres a mí?, se refiere a que hay una parte en el corazón que es indivisible. Claro que se puede amar a muchas personas, no solo se puede, se debe, pero hay una parte del corazón que es indivisible y solo se puede entregar a alguien. Y cuando le dice ¿me quieres a mí?, se refiere a si esa parte del corazón indivisible es para ella o es para otro. Bueno, pues eso es el matrimonio, es entregar lo indivisible del corazón al esposo, a la esposa, siendo una unidad de vida en una plena entrega de amor.

Me permitís un pequeño excursus hablando de esto, porque no sé si caemos en cuenta de que la revelación de Dios, la visión cristiana, ha custodiado enormemente la dignidad de la mujer a lo largo de la historia de los siglos. Cuando, por ejemplo, Jesucristo y el cristianismo se ha posicionado en contra de la poligamia. Claro, posicionarse contra la poligamia, en el fondo, es la mayor apuesta que se puede hacer para custodiar la dignidad de la mujer. Porque a ver, si yo puedo tener cinco mujeres, ¿qué dignidad tiene la mujer? Que el matrimonio sea la unión de dos personas y que la poligamia sea considerada como inmoral, antinatural, es custodiar la dignidad de la mujer. O cuando Jesucristo no permite el repudio de la mujer, que la mujer pueda ser repudiada; el posicionamiento de Jesucristo contra el repudio de la mujer, o sea, contra el divorcio, es también otro posicionamiento que defiende sin duda que ha defendido la dignidad de la mujer. El que repudia a su mujer y se casa con otra comete adulterio. Por lo tanto, fijémonos en esto porque no somos

conscientes, se habla de la dignidad de la mujer, la moral matrimonial defiende plenamente la dignidad de la mujer y del hombre..

Y sin embargo, paradójicamente, por una clara involución cultural en la que estamos hoy en día se habla, se reivindica del poliamor como algo progresista, pero ¡madre mía! O sea, ¿el poliamor es progresista? No, es obvio que el poliamor es dañino para la dignidad de la mujer, para la dignidad del hombre, del matrimonio, y no digamos para los hijos. O sea, que la unidad del matrimonio, la fidelidad y la indisolubilidad son connaturales al corazón humano. Dios los creó así. ¿Y queréis que os diga una prueba de que esto es por creación? Una prueba muy concreta: ¿os habéis fijado como en muchos lugares —también lo vi en Nueva York allí en el puente de Brooklyn, etcétera— pasabas por allí y veías cómo había muchos candados puestos allí. Había ido allí una pareja, se habían prometido, ponen su candado, escriben su nombre, ponen la fecha y la llave la han tirado al río? ¿Qué quiere decir eso? A esos ¿quiénes les ha explicado eso? Igual no eran cristianos, igual nadie les ha hablado de Jesucristo ni de nada, entonces ¿de dónde les ha salido eso, hacer ese signo? A ver, ese signo es exactamente lo que recuerda Jesucristo: uno con una para siempre hasta que la muerte nos separe. Aquí pongo un candado, pongo una fecha y tiro la llave al río. Más claro…. no hay más que añadir. Es un signo natural porque es que el matrimonio es de ley natural y les brota naturalmente hacer eso, les brota decir: «este amor tiene que ser para siempre y tiene que ser fiel, y yo contigo y tú conmigo para toda la vida». No decir: «yo te amo con todo mi corazón y con todo mi ser, no sé hasta cuándo». Decir eso deja patente la falsedad de la afirmación, porque la totalidad del corazón incluye para siempre. Yo no puedo decir «te amo con todo mi corazón y con todo mi ser, no sé hasta cuándo», no. Si dices «no sé hasta cuándo», es que no le amas con todo tu corazón y con todo tu ser. Por eso esto es así por naturaleza: la unidad, la fidelidad, la indisolubilidad son por naturaleza.

Ahora bien, eso no quiere decir que sea fácil, eso no quiere decir. La fidelidad perseverante, la indisolubilidad, pueden resultar difíciles por nuestro desgaste, por el influjo del pecado en nuestra vida, porque el amor matrimonial tiene que ser redescubierto, tiene que rehacerse, tiene que renovarse. Claro, eso que es de ley natural, al hombre le puede resultar muy costoso, y por eso tenemos que pedir la gracia de Cristo.

Ahora me vais a permitir que le dé un giro a la charla y que hable también de unos consejos prácticos para cuidar la unidad y la indisolubilidad matrimonial. Vamos a hablar de un decálogo: 10 consejos prácticos para cuidar la unidad y la indisolubilidad del matrimonio. En primer lugar, tengamos **cuidado con poner el matrimonio en espera mientras que se crían los hijos**. ¿Qué quiere decir eso? Pues quiere decir que la crianza de los hijos es tan exigente, los niños nos absorben tanto, los problemas que se generan nos exigen tanta atención, que casi el cuidado del matrimonio pasa a segundo lugar, a tercer lugar, porque los niños lo piden todo. Y eso es un riesgo muy grande, porque lo primero tiene que ser siempre el matrimonio. Con mucha frecuencia, a los centros de orientación familiar de las diócesis llegan matrimonios en crisis, cuya crisis ha nacido de esto. Claro, nos entregamos a los hijos de una manera que al final parece que el matrimonio casi ha dejado de ser el eje, ha dejado ser la columna de la de la relación familiar. Se entiende que esto puede ocurrir, pero no se justifica de ninguna forma porque lo urgente, que es la crianza de los hijos, no tiene que llevarnos a posponer lo importante, que es el amor matrimonial. Lo que los niños necesitan no es tanto un superpapá, una supermamá que lo hagan todo por los hijos; necesitan un papá y una mamá que se quieran mucho, es lo que necesitan. Igual no tienen que ser súper, pero que se quieran

mucho. Igual a papá hay que decirle: «mira, papá, igual no madrugues tanto por los hijos y quiere un poco más a mamá, y dame un testimonio de cómo se quiere el matrimonio», que igual te estás levantando a las 4 de la madrugada para trabajar todo por los hijos, pero no estás dando un testimonio de unidad matrimonial, que es lo que los hijos necesitan en ese momento. Esto es importantísimo. Y dices: «pero si lo hago todo por los hijos» sí, pero no estás priorizando el testimonio que tienes que dar a tus hijos, que es el de la lección vocacional de cómo se ama a una mujer, porque ese hijo va a aprender a amar de su padre, de cómo ama a su madre. Cuando él tenga una novia va a tener una referencia de cómo mi padre amó a mi madre, y si yo no he tenido esa referencia, no he aprendido a amar y de poco me ha servido que mi padre madrugue y se levante a no sé qué hora porque yo tenga más medios económicos, cuando ha faltado lo sustancial. Este es un punto clave; por lo tanto cuidado con poner el matrimonio en espera mientras que los hijos se crían, porque eso tiene que ser siempre prioritario.

Segundo consejo: creer de verdad en el **signo de las arras** que hacemos en el sacramento matrimonial. Sabéis que se entregan las monedas; es verdad que no es un rito obligatorio, se puede hacer o no se puede hacer, pero es un rito que lo que quiere significar es «todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío». Nos entregamos las arras el uno al otro, pero claro, ¿creemos de verdad en eso? Lo que no se puede hacer es dividir las cosas: «esto es lo tuyo y esto es lo mío» y entonces un gran peligro es que en la familia sea patente que esto es de papá, esto es de mamá. Papá tiene sus amigos y ella tiene sus amigas, uno tiene unas aficiones el otro tiene otras aficiones, uno tiene una cuenta corriente y otro tiene otra. Y los niños dicen «esto es de papá, esto es de mamá», saben que tienen espacios distintos, ven claramente que papá y mamá no son uno y eso se nota, eso se percibe. Que lo que hicimos con las arras igual fue un rito, pero ¿ese rito es verdad o qué? ¿Lo compartimos todo o no? Dice el evangelio: «donde está tu tesoro, está tu corazón». Si cada uno tiene un tesoro en el matrimonio, si cada uno tiene su tesoro en cosas distintas, al final el corazón está en sitios distintos y no somos uno, y lo propio del matrimonio es ser uno, una sola carne. Entonces, cuando vemos que nuestros intereses, nuestras cosas no están compartidas, eso pinta mal. Eso a la larga puede ser un problema. Como cuando nos dicen a veces los reportajes que se está abriendo una fractura kilométrica desde Kenia, y que con el paso del tiempo el cuerno de África va a separarse del resto del continente. Pues algo así dice: si esto sigue así, estos son dos, no son uno, y con el tiempo se van a acabar separando. Por lo tanto, esa tendencia, lo mío, lo tuyo, a no compartir, tiene que ser sanada por elevación porque no nos poseemos en propiedad, somos los dos de Cristo.

Tercer punto de este decálogo, de estos consejos: **confiar plenamente** cuidando de tomar las decisiones consensuadas. Confiar en el esposo y confiar en la esposa, porque claro, cuando se toman decisiones sin consultar, obviamente se va minando la confianza en el matrimonio. Es como si uno dice: «yo parece que no existo porque mi marido toma sus decisiones, mi propia autoestima se queda dañada porque no soy consultado». Incluso se aumenta el orgullo cuando uno piensa que es falsamente seguro, se cree que él puede tomar todas las decisiones del matrimonio, no tiene conciencia de que él también necesita compartir las decisiones porque el matrimonio discerniendo unidos tiene capacidad de ver. Si se discierne conjuntamente se ve mejor. Dice el refrán: «cuatro ojos ven más que dos», y si son matrimoniales mucho más, porque el espíritu de Dios está en ellos. Entonces, el que tomemos las decisiones compartidas, el que pidamos luz a Dios para tomar decisiones es clave, es aprender a confiar unos en otros, aprender que Dios me ha puesto junto a mi la persona adecuada para discernir en la vida.

Cuarto consejo: **luchar contra la tendencia hipercrítica** que existe en nosotros de juzgar al otro, de expresarle siempre quejas continuas en vez de tener pensamientos o comentarios motivadores. Hay personas que motivan muy poco. Se suele decir que el mundo se divide en dos tipos de personas: unas que a cada problema le buscan una solución y otras a las que a cada solución le buscan un problema. Entonces varía mucho, muchísimo; el tipo de persona cambia completamente. Si yo tengo esa relación con mi esposo, con mi esposa, en la que todo es ponerle pegas, si mis comentarios siempre son negativos, nunca son motivadores, eso mina el terreno. Detrás de esa tendencia hipercrítica uno se pretende justificar por un perfeccionismo. Pero es que uno tiene que hacer un acto de fe en la Providencia de que yo tengo el esposo y la esposa que necesito para mi santificación, con sus imperfecciones incluidas. Yo no debo de estar pensando en otro escenario para mi santificación. Es como si un párroco dice: «a ver, tengo la parroquia que tengo que tener para santificarme. ¿Y si tuviese otra parroquia, si estuviese en otro lugar, si tuviese otros fieles?». A ver, te estás engañando; tú tienes la parroquia y los fieles que necesitas para ser un pastor santo, si no te estás engañando. Pues lo mismo pasa en un matrimonio, ¿sabes?, exactamente lo mismo: si mi marido no fuese así, si el otro fuese de otra manera. En la Providencia de Dios tengo el marido que tengo que tener para llegar a la santidad, no pierdas más tiempo. Por lo tanto, tenemos que purificar esa tendencia crítica que nos impide ver al compañero adecuado que Dios ha puesto junto a nosotros.

Quinto consejo: **partir siempre de la aceptación**, no de la esperanza de que el otro cambie, porque eso es un error. Estar esperando a que alguien cambie para amarle, no, es que las cosas son de otra manera: amándole tal y como es, igual puede cambiar. Lo que te puedo decir es que eso funciona así: tú ámale tal y como es, que será la única posibilidad de que pueda cambiar. Es verdad que uno puede y debe orar por la conversión del cónyuge, pero lo primero es quererle tal y como es. Con un punto de ironía se suele decir que las mujeres se suelen casar pensando que su marido ya cambiará, pero no cambia; y los hombres se casan con la esperanza de que su mujer no cambie, pero cambia. Entonces, esto que se dice con un punto de ironía tiene que ser sanado. A ver, yo me caso y quiero a mi cónyuge tal y como es, lo acepto y priorizo siempre mi conversión, no la del otro. Un principio de sabiduría es: primero la aceptación, segundo el ofrecimiento, tercero la autocrítica y en cuarto lugar caminar juntos esperando el momento de gracia de la transformación de uno y otro. Pero por este orden: primero aceptación, luego ofrecimiento a Dios de que nos cuesta sobrellevar los defectos, claro que cuesta; tercero, autocrítica y en cuarto lugar confiar en los tiempos de Dios que ya nos darán a todos nuestro momento de conversión.

Sexto consejo: **el don del perdón**, clave en el seno de la familia. Una familia feliz es un matrimonio feliz, es el que está constituido por el encuentro de dos grandes perdonadores. ¿Pero qué ocurre? Que tenemos una tentación de vivir lamiéndose heridas, dale que te pego con ellas, alimentando heridas, guardando rencores, llevando la cuenta de lo que pasó antes. Y en este caso, cuando uno es muy sensible, pues todavía esa sensibilidad le juega una mala pasada, y tenemos que mortificar esa sensibilidad de estar siempre dándole vueltas a las cosas del pasado. A veces apuntamos en el debe los errores que el otro ha cometido: ha cometido este error, me lo apunto para cuando llegue el momento. Y claro utilizamos las heridas del pasado como munición luego en las discusiones y nos desahogamos sacando debajo de la chistera episodios del pasado porque en el fondo no hemos perdonado, somos rencorosos. Y de esa manera estamos construyendo la tumba del matrimonio. El perdón es regenerador, el perdón es una muestra clara de que el matrimonio se ama a fondo perdido, no por un interés concreto,

no porque me salga a cuenta. Es que no me sale cuenta amar a una persona así. A ver, tú tienes que amar a fondo perdido, solo así se puede amar, solo el amor generoso del perdón es capaz de rescatar las personas. Yo tenía un profesor en el seminario, que tenía una forma de hablar un poco incisiva, y decía: «para que una familia sea feliz tiene que haber por lo menos en ella un tonto; y para que todos sean felices, tienen que ser tontos todos. Para que la familia no se rompa tiene que haber por lo menos un tonto, pero para que sean felices todos tienen que ser tontos todos». Entendiendo por tontos un olvidado de sí mismo. Claro, como no haya un olvidado de sí mismo, esa familia se va a romper. Y si queremos ser felices, tenemos que ser todos olvidados de nosotros mismos. Ese es el don del perdón.

Séptimo consejo: **cuidar el corazón**. La importancia de guardar nuestros afectos, que nadie se crea seguro, hay que guardar los afectos. Hemos visto muchas veces episodios que no hubiésemos creído que matrimonios que llevaban ya mucho tiempo de repente se han roto porque no han cuidado los afectos del corazón. A veces puede ocurrir que broten afectos en las relaciones que tenemos, sentimientos de enamoramiento con otra persona que ponen en riesgo la fidelidad conyugal, y hay que ser como muy sinceros con nosotros mismos a la hora de cortar por lo sano ese tipo de afectos que están fuera de lugar. Claro, cuando se han dejado crecer mucho, dice esto mal asunto, se te ha ido de las manos. Pero sin duda alguna, hay un momento en el que tenemos que ser dueños de nuestros afectos y de nuestros sentimientos: cortar por la por lo sano la relación con una persona porque uno ve que no está yendo por buen camino, limitar un trato cuando se ve que el corazón no está bien dirigido. Los afectos tienen que ser cuidados. Eso le puede pasar a un sacerdote, le puede pasar a una persona casada, diciendo: «a ver, este tipo de jueguecito, de frase, que alguien me ha enviado un WhatsApp o lo que sea, está fuera de lugar». Pues yo no voy a alimentar eso, voy a ir por otro lugar, esto lo corto por lo sano, o sea, el corazón tiene que ser cuidado. Y además esto hay que hacerlo desde el minuto uno, no esperar a que crezca. A veces te llegan noticias que te dejan perplejo. Hace poco escuché que un médico conocido había roto su matrimonio, se había ido con otra mujer, que había conocido por Facebook», ¿pero qué tipo de juego ha tenido ahí? ¿pero cómo ha permitido ese juego? ¿Cómo es posible que no se haya cortado eso desde el primer momento? O sea, tenemos que cuidar el corazón, cuidar los afectos.

Octavo consejo: **poner el acento más en tu compromiso que en tus sentimientos**. San Ignacio de Loyola dice que el amor se demuestra más en las obras que en las palabras, lo cual no quiere decir que no haya que decirle a la mujer «te quiero», eso también hay que decirlo. Pero el amor se demuestra más en las obras que en las palabras, y quizás estamos en una cultura muy emotiva, en la que confundimos amar con las emociones y los afectos, y las emociones y los afectos son volubles y no deben ser tomados como nuestros principales consejeros. Los sentimientos son educables, deben de ser educados, no debemos absolutizarlos de forma romántica, porque el romanticismo hace mucho daño. El romanticismo ese que pinta el amor como una flechita, la flechita de Cupido, «claro, es que es que me ha pegado la flechita, claro, como la flechita me ha pegado no tengo nada que hacer». Un momento, a ver, tenemos una voluntad y una razón para educar los afectos, no podemos hacerle caso a la teoría romántica. Lo cierto es que no solo son los afectos los que hacen posible el matrimonio, no solo es el amor el que hace posible el matrimonio; es el matrimonio también el que hace posible el amor y que el amor perdure, y los hechos y el demostrarte que día a día me entrego, me sacrifico, me olvido de mí mismo. Por eso tenemos que purificar la idea romántica del amor que hace mucho daño. Incluso la idea romántica viene a decir como que el amor no se ata, el amor es un sentimiento por el que hay que dejarse llevar: «no, si le obligas al amor deja

de ser amor, al amor no se le puede obligar, hay que dejarse llevar». Eso es una falsedad, una basura romántica. El amor no tiene miedo al compromiso, el amor se ata, se ata por amor, como esos candados a los que me refería, esos candados que se atan y se tira la llave. El amor se compromete, el amor no tiene miedo a atarse, el amor se va mostrar en las obras, en las obras perseverantes. Por lo tanto, tenemos que ser críticos con la imagen romántica del amor que está en la mayoría de las películas, en la mayoría de las novelas. Es una imagen a criticar como he dicho en este punto octavo: el amor se demuestra más en las obras que meramente en las emociones.

Noveno punto, noveno consejo práctico: **vivir la castidad**, vivir la pureza para cuidar del matrimonio. Las fantasías sexuales al margen del matrimonio son una infidelidad matrimonial. Lo dice Jesús: el que mire a una mujer deseándola ya cometió adulterio en su corazón. La infidelidad comienza con la imaginación y en el corazón antes de llegar a las obras. Por lo tanto, hay que cuidar la virtud de la pureza para que la unión en el amor sea consistente, sea perseverante. ¡Cuánto daño nos está haciendo la pornografía!, la introducción de la pornografía de esa manera, a través de las nuevas tecnologías, cuánto daño está haciendo al propio matrimonio el pensar a veces que no existe una frontera entre lo digital y lo real. Bueno, eso no es digital, esas personas son personas con nombres y apellidos que están viviendo la prostitución, una prostitución que tiene una cámara puesta delante, luego es una prostitución todavía con mayor clientela de la cual participas tú, que también te estás haciendo partícipe de esa prostitución en la pornografía. Tenemos que ser muy radicales con la pornografía por el daño tan grande que está haciendo al matrimonio, a la juventud, a los jóvenes, a los niños. En España recientemente nos han dado unos datos tremendos, y es que a veces, paradójicamente, el primer contacto de los niños con la pornografía es a raíz de la primera comunión. Porque en muchas primeras comuniones a los niños se les regala un celular, un móvil, entonces con ese móvil que se le regala al niño en su primera comunión, de repente al niño se le introduce en un mundo en el que de repente se ve delante de la pornografía. O sea, qué críticos tenemos que ser con la pornografía y qué importante es que seamos radicales en ello y nos tomemos en serio las medidas que hay que tomar, no solo ante los hijos sino entre el matrimonio, para velar y cuidar dónde tenemos nuestro corazón.

Y por último, el décimo consejo: nuestro **compromiso con la indisolubilidad**. No tenemos plan B. ¿Qué quiere decir con esto? A ver, yo estoy casado, tengo un matrimonio y no tengo plan B; o sea, no tengo una posible estrategia de salida de si esto sale mal. No, yo no tengo plan B porque hay que eliminar de nuestra mente eso de barajar la hipótesis del fracaso: «si esto sigue así yo lo dejo, rompo el matrimonio, me voy». A ver, empezar a pensar eso ya es demoledor. Solamente empezar a barajar la posibilidad es un planteamiento que envenena el matrimonio. Las familias que funcionan bien no son las que no tienen problemas, sino que son las que no ponen en duda su compromiso. Yo recuerdo, la víspera de la ordenación diaconal, cuando se hace la promesa de celibato, haber orado a Dios y haberle dicho: «Señor, mañana recibo el sacramento y me comprometo ante la Iglesia con una promesa de entregar mi corazón para siempre. Yo a partir de mañana ya no me permito a mí mismo jamás la duda de si yo tengo vocación o no tengo vocación, porque recibo el sacramento y porque además lo recibo de labios de la Iglesia, de manos de la Iglesia; luego para mí a partir de mañana se acabó el plan B, no hay plan B». Así se lo se lo dije al Señor la víspera de mi ordenación y Dios me ha dado la gracia de no pensar nunca en un plan B. Y cuando ha habido problemas y ha habido momentos difíciles, que ha habido muchos, jamás se me ha ocurrido decir «como esto siga así», no se me ha ocurrido decir esto; abordamos la situación tal y como esté, con todas las consecuencias. Porque tenemos que entregarnos al matrimonio habiendo

quemado las naves. Esa expresión de quemar las naves es muy bonita, sabéis que es una expresión que viene de dos episodios históricos: uno es el de Alejandro Magno, que cuando llega a las costas de Fenicia, allí que desembarcan, ven las playas delante de los muros de Fenicia, que eran unos muros súper bien defendidos con un montón defensores, ellos eran poquísimos soldados, y entonces empiezan allí las tropas de Alejandro Magno a decir: «aquí no podemos conquistar esto, vámonos, ya vendremos con más refuerzos». Y entonces Alejandro Magno dice: «a ver, ¡quemar las naves!».Y allí van y queman las naves. Dice: «tenemos dos posibilidades, o conquistamos esto o aquí nos hemos muerto». Entonces, claro, la cosa es muy distinta porque si tú has quemado las naves, que también es exactamente lo mismo que hizo Hernán Cortés. Hernán Cortés cuando llega allí y dice: «vamos a ver...», claro, pues si eran cuatro en esos barcos, tú verás frente a todo lo que tenían que luchar. Hernán Cortés también dijo rápidamente: «venga, quemar las naves, que nos quede claro que las naves se han quemado, luego para España ya no podemos volver sin haber abordado todo lo que tenemos que abordar». Lo de quemar las naves es clave. Si uno en su corazón está acariciando esa posibilidad, soñando con ella, no se entrega plenamente y además se está dejando engañar, se está metiendo un gol en propia meta soñando con otra vida en la que no haya cruz. Pues ¿no eres un poco tonto ni nada?, porque ¿dónde está esa vida en la que no haya cruz? Dice: «si yo rompiese este, seguro que podía vivir sin cruz». ¿Cómo vas a vivir sin cruz si las cruces van a estar allá donde llegues. Las personas que rompen el matrimonio y comienzan otro matrimonio son tan ingenuos de pensar que en el otro no va a haber cruz. Claro que la va a haber, y de hecho las estadísticas dicen que los que se casan después de un divorcio tienen un índice de divorcio todavía superior que los que se han casado de primeras, y los que se casan en tercer lugar su índice de divorcio es superior todavía porque el problema lo llevas dentro de ti. Entonces esa tendencia a soñar, a pensar que habrá una vida en la que no haya cruz, es un engaño, es una mentira,.

Bien, queridos hermanos, son 10 consejos breves y concretos, 10 consejos sobre cómo luchar por la unidad de nuestro corazón en el matrimonio, la fidelidad, la indisolubilidad. ¿Cómo hacer que el matrimonio sea signo de unidad en el amor?: volver a Cristo una y otra vez como mendigos de la gracia, saber que sin la gracia de Cristo nuestro matrimonio, nuestra unión, no es posible. Pero, sin embargo, el Señor ha elevado la unión del hombre y la mujer a la dignidad de sacramento y nos ha dado esa gracia, y el sacramento cristiano no es cosa de dos, es cosa de tres, porque Cristo se ha comprometido y nos da el don del Espíritu Santo para hacernos posible el amarnos en Cristo. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.